

(Sale Mazalquiví y un Rufián.)

¿Hízose eso?

Ya se hizo.

¿Qué recibió?

Chirlo en el rostro.

¿Qué instrumento?

Navaja.

Cosa cordial. Puede venir un hombre de treinta leguas a la redonda a que le corten la cara con una navaja por la dulzura del filo. Al que se le da con un cuchillo mellado, este tal recibe notable agravio. Y después de habelle dado, ¿mostróse agradecido?

Antes poniendo las manos en la cara, dijo a grandes voces: "¡Ay, que me han muerto!"

Catalinón por la vida; y vos ¿qué hecistes luego?

Eché mano a mi espada y púseme con firmeza de pies para lo que sobreviviese.

Eso han de tener los valientes después de haber dado el antuvión, que haya firmeza de pies, porque si no el tal no se puede llamar digno de alabanza, sino de mucha deshonra y infamia y vituperio. Huélgome que vais dando muestras de quien sois. Mete un memorial, que yo os haré mercedes.

(Sale un criado de Mazalquiví.)

Aquí viene un mandil, que quiere hablar a vueseñoría.

Decilde que entre.

Aquí vengo que vuesa señoría me dé una plaza de rufián, porque es infamia que un hombre como yo, con tanta porra de barbas, sea mandil tanto tiempo.

¿Habéis muerto con almarada, dado bofetones a putas, presentes sus jaques? ¿Habéis hecho resistencias, muertos corchetes, y otras cosillas que los tales mandiles están obligados a hacellas?

Helas hecho y tengo hígados para hacellas, y al que de improviso me ha agraviado, con un jifero que aquí traigo he dado infinitos chirlos, tanto que ya los bravos me temen, prestan y convidan.

Buenos principios tenéis; huélgome dello. Mete un memorial y se hará justicia.

Aquí está el secretario de vuesa señoría.

Entra el Secretario con una lámina de bronce y una daga desnuda.

Aquí vengo a que vuesa señoría me diga qué modo de escribir es éste que nos manda con punta de daga en lámina de bronce.

Tinta y papel es cosa muy femínea para este tribunal, y yo no puedo ver a mis ojos instrumento que ha puesto a tantos en horcas y galeras de nuestra profesión. Escribir con punta de daga en lámina de bronce, es cosa muy útil y provechosa para que queden estampadas las hazañas de Mazalquiví y suenen por el orbe.

La Valenciana pide a vuesa señoría que por cuanto ella acudía a su rufo con los gastos ordinarios, y por una o dos veces que le dejó de acudir, la ha sacado al campo y la ha azotado, de lo cual está a pique de muerte, y pide justicia.

¡Oh, bellaco! ¿Conde de Carrión te quisiste hacer? Vengan luego dos rufianes, dos mandiles, dos pigetes y sea buscado para que se le dé el castigo que merece.

La Malagueña y la Otóñez, mujeres pasantes como primeras, más para testigos en casos de hidalguía que no para el oficio que ejercitan, piden a vueseñoría que atento que por su edad no lo pueden ganar y

vienen a la casa unas mocillas cariestiradillas que ayer iban por aceite y se llevan todo el provecho, y ellas se están papando moscas, que vuesa señoría sea servido de enviar a cada manfla un repartidor para que acuda tanta gente a una parte como a otra. Pues las muy torotollonas, ¿audiencia quieren hacer la casa pública? Mañana pedirán sello y registro. Asentad que en eso mando que se tenga el orden que hasta aquí se ha tenido, porque las que profesan este arte se recojan con tiempo, porque eso no es oficio para envejecer en él.

La Salmerona, la mujer más celebrada que ha tenido el manflotisco horizonte, pide a vuesa señoría que, pues por su edad no lo puede ganar, sea servido de dalle una plaza a su rufián.

Ella tiene mucha razón, que ha sido una singular cabalgadura, mujer de brava carona, no se le ha conocido en todo el discurso de su tiempo tan sola una desolladura, y después de haber tenido una noche más gente sobre sí que tuvo Su Majestad en la toma de San Quintín, estaba para cansar otra tanta bailando.

El Padre de Andújar pide a vuesa señoría que le guarden algunas preminencias que, por ser antiguo en el oficio, se solían guardar. Tiene razón, que es muy grande amigo mío. No se le ha conocido en toda su vida falta de carne en su tajo, y cuando no la hay, pone a ganar dos hijas suyas como dos pimpollos de oro.

Aquí viene el Tributario de vuesa señoría con negocios de guerra, que no sufren dilación.

Dile que entre.

(Entra el Tributario con la espada desnuda.)

Mazalquiví, ya es tiempo que muestres tu poder contra Andújar y padre della, porque yéndoles a pedir el tributo que tan justamente se te debe, dicen que no lo quieren dar, y que lo vayas a ganar por la punta de la espada, y otras cosas que callo por entender las vengarás.

Calla, amigo, y más no hables. Baje luego el tercio de la liga, jayanes de Medina del Campo, bisónos de Valladolid, bravos de Madrid y Toledo, gorriones de Salamanca, y vengan luego para que se le dé el castigo que merece a tan infame y mala putería. Y el cielo santo, amigos, me persiga, ó, cual si fuere loco, chíflenme los niños; pepinazos me tiren por las calles, la espada se me caiga cuando riña, la Martínez me niegue sus brazos, si entrare en bodegón, ni pidriere gollerías ni vino de San Martín que yo acostumbro a beber, ni reportare la barba ni el bigote hasta que se le dé el castigo que merece a esta infame y mala putería. Andújar se ha rebelado: ¡Muera Andújar!

¡Muera, muera!

Éntranse todos metiendo mano a las espadas, y sale el Padre de Andújar y las mujeres que hubiere y Caracuel y un Rufián.

Plegué a Dios que el rumbo que hemos hecho y alboroto que no nos salga a la cara.

Ya está hecho. Lo que yo podré hacer es que salgan a ese campo, y uno a uno mantenerles tela.

Por haber primero comido el pan de vuestas mercedes, les vengo a avisar que se aperciban, que mi amo Mazalquiví viene con gran poder de gente y tiene jurado de no volverse hasta hacer un gran castigo en esta casa.

Pues ciérrense estas puertas y prevénganse las armas y hagámonos a

lo alto, que desde arriba más pelea uno que diez.

(Sale Mazalquiví con su campo de rufianes y de mandiles y pagotes y un pendón con el potro y un broquel y las llaves.)

Pare aquí el campo, y vos, Campuzano, id a reconocer el campo.

Ya está, señor, reconocido; y tiene muy poca resistencia por la parte que los mandiles suelen saltar cuando son asaltados y acosados de la justicia, y lo ganarás con muy poca resistencia.

Pues plántese ahí la artillería y téngase la orden que hasta aquí se ha tenido mientras yo desafío y reto esta canalla.

A ti, padrecillo infame,
á quien todo el mundo suele
llamarle padre de putas,
pues que putas hijas tienes,
yo te desafío y reto
una vez y muchas veces
á ti y a los rebelados,
pues me negáis lo que deben;
y lo que conmigo usáis
á guisa de maganceses
en negarme mi tributo,
es mal hecho y todos mienten.

Reto de aquesos jayanes
las espadas, los broqueles,
los votos, los juramentos
que han echado muchas veces,
y de aquesas religiosas
los verdugados, copetes,
los trincaderos, las camas,
con que tanto a Dios se ofende.

¿Por qué aquesto se dilata?

Ea, belicosa gente,
¿qué hacemos?, ¿á qué aguardamos?
Este castigo se empiece.
El padre de la putería.

Ten, señor; no hagas tal,
te rogamos por quien eres,
misericordia pedimos,
de nosotros te conduele,
porque estando congregados
una noche, no de requiem,
sino de muy gloria Patri,
muy de taza y de pebete,
estando en la compañía
hasta diez y nueve o veinte,
con nubes en las cabezas
y nublados en las sienes,
dimos aquella respuesta
que aquí ha podido traerte.
Misericordia pedimos,
entra y haz lo que quisieres.
Yo, Domingo Caracuel,
le ruego y pido que cese
toda aquesta pesadumbre

que contra nosotros tiene,
y en señal de sujeción,
le doy las llaves, que puede
con facilidad entrar
y hacer lo que quisiere.
¿Qué os parece que hagamos destos tristes?
Haz, señor, lo que quisieres.
Hágase de dos espadas
un yugo de aquesta suerte,
y por debajo del pase
toda aquesta aleve gente.
Pasen primero los hombres,
quédense atrás las mujeres,
y pasen como cautivos,
mani cruzados y obedientes.
(Salen El padre de la putería y las damas con una cortina de dagas.)
Esta corona de dagas
bien asentará en tus sienes,
y yo a ti te la presento
como a capitán que eres.
Aquesto se solemnice
con guitarras, panderetas,
cumplida y famosamente.
Vívame mil años
el jaque fuerte,
para que castigue
rufos rebeldes.
Por manflas, corrillos,
tus hazañas cuenten,
y tu larga vida
los cielos aumente,
para que castigues
rufos valientes.
(Llévanle en hombros y dase fin.)